



STANISŁAW LEM  
ENTRE LOS MUERTOS  
TIEMPO NO PERDIDO, 2

*Traducción del polaco de Abel Murcia y Katarzyna Motoniewicz  
Prólogo de Wojciech Orliński*

IMPEDIMENTA

## KAROL WŁODZIMIERZ WILK

El niño nació y al nacer mató a su madre, que mientras agonizaba preguntó si estaba vivo porque no escuchaba su voz y, como ya no veía nada, palpó a su alrededor, a tientas, con unas manos que reptaban cada vez con menos fuerza y más despacio por el ensangrentado jergón. El niño estaba vivo; sus pupilas se contraían ante lo desconocido, ante el desconocido brillo de las lámparas, el cuerpecillo desnudo temblaba por el novedoso efecto que suponía la presión de las manos que lo sostenían, pero tendría que pasar todavía mucho tiempo hasta que llegara a entender qué era la luz y qué era el tacto.

Que no supiera nada de las nubes, de los árboles, de las flores, del cielo y de la tierra era hasta cierto punto comprensible; exige un esfuerzo mayor por nuestra parte que nuestra imaginación se acerque a su desconocimiento de la proximidad y la lejanía, de la perspectiva espacial y de la secuencia de los acontecimientos en el tiempo, pero el niño no conocía ni siquiera los olores, los sonidos o los colores, que fluían hasta lo más profundo de sus sentidos por arroyos distintos. Ni siquiera cabría decir que percibiera el caos, porque eso habría significado que a través de la percepción se

contraponía a sí mismo al caos, pero él no conocía las fronteras entre su propio ser y todo lo demás, no tenía ni recuerdos ni memoria, no sabía ni de sus propios movimientos y el mundo le era tan ajeno como su propio cuerpo.

La perfección de un conocimiento tal es imposible de imaginar, ya que no se trataba de la nada; sin conocer nada, el niño veía y sentía todo, y desde la primera hora un enorme torrente de realidad empezó a poblar de enmarañadas imágenes su hasta entonces vacío sueño.

Había empezado la creación del mundo, una creación mucho más sorprendente que la bíblica, ya que nada emergía del desorden con formas cuajadas y listas, y solo un incesante tropel de transformaciones generaba fenómenos recurrentes; se producía una lenta diferenciación e interrelación de las manchas blancas con la sensación de frío y de blandura, de las manchas rosadas con los sonidos y los cambios de expresión, y esa individualización, esa unión, esa agrupación en algún momento, en el futuro lejano, tendría que finalizar en una polarización definitiva, en una división en dos polos: el ser humano y el mundo.

La mente que tenía que lograr aquello permaneció absolutamente impotente durante mucho tiempo; por suerte, el niño podía confiar en esa prudencia innata que recibe en ocasiones el nombre de instinto o cualquier otro nombre como explicación alternativa. Se trataba de una disposición para realizar acciones intencionadas, una disposición limitada, incapaz de aprender, pero eficiente; esa inteligencia corporal oculta en los tejidos, que se reducía a simples adaptaciones, era inhumana, no solo en el sentido de que había aparecido antes que la conciencia humana, sino también en el sentido de que era despiadadamente egocéntrica y de que, centrada como estaba en satisfacer las necesidades del cuerpo, no tomaba en consideración nada más. Nacía de la voraz crueldad que caracteriza siempre a los seres inferiores y únicamente en los momentos de particular peligro a los seres más desarrollados. Esa sabiduría que solo tiene como objetivo la

supervivencia no ha de ser juzgada a la ligera, ya que nace de la necesidad. Seremos también más indulgentes con ella si recordamos que, dado que se trata de una inteligencia anterior a la especie, antigua como la propia vida, único don de los miles de millones de generaciones que precedieron al niño, está dispuesta a retirarse humildemente ante las primeras palabras emitidas por el bebé. Y es así como ese parco, inalterable e inequívoco saber de la especie cede su lugar al abundante y engañoso saber del individuo.

Hasta la aparición de las palabras, ese saber crecía con dificultad, como reptando, y eran necesarias reiteradas experiencias para que el niño se convenciera de qué fenómenos había que evitar y cuáles, por el contrario, buscar.

Con el inicio del habla el niño se liberó del corto alcance de las manitas y de los ojos, porque a partir de aquel momento dejó de depender únicamente de su cuerpo.

Se dirigían a él con el diminutivo «Karolek», así que él también utilizaba ese nombre para hablar de sí mismo. Gateaba por la gran habitación en penumbra, vacía casi, pues solo había una cama, o mejor dicho un camastro de madera con un colchón de paja, una mesa, tres taburetes y una cómoda junto a la pared. Durante algún tiempo, el niño otorgó entidad propia a todos aquellos objetos, o al menos rasgos semejantes a los que lo caracterizaban a él mismo; así, si se golpeaba con un taburete la emprendía a puñetazos con él, lo que provocaba la risa del resto de habitantes de la casa. Más tarde seguiría dirigiéndose a los objetos como si fueran seres vivos, pero ya no era más que un juego.

La habitación tenía una puerta con un picaporte muy alto; cuando estaba entreabierta, al otro lado del umbral aparecía un espacio enorme. Ante un sinuoso y verde horizonte se alzaban unas casas que se hundían en el fango a su alrededor; en el extremo del pueblo había una iglesia con un tejado inclinado, y unos postes telegráficos se perdían a lo lejos. Al sur, en el horizonte, se extendía la amoratada nube de los Cárpatos que una vez al

año se cubría de plata. Entonces Nieczawy, que así se llamaba el pueblo, se hundía en la nieve sobre la que se arrastraba, perezoso, el humo de las chimeneas.

Al final del tercer año de vida, Karolek pensaba ya mucho y solo confundía muy de vez en cuando el día siguiente y el día anterior. Estaba convencido de que las personas que lo rodeaban no cambiaban y siempre serían como eran, de que su padre siempre había sido flaco y había guardado cama y solo rara vez —cuando el sol pegaba fuerte— salía afuera, de que la señora Flusiowa, terriblemente gorda y jadeante, que les alquilaba una habitación de su casa, siempre había arrastrado los pies y no dejaría nunca de hacerlo. Los juegos de Karolek, sus alegrías y sus berrinches, desaparecían en algún lugar, mientras que a su alrededor se desplegaba una especie de ahora infinito, que para disimular a veces se desarrollaba por la noche y a veces por el día. Así pues, el niño creía en la eternidad, en una eternidad terrenal, sin tener, por supuesto, conciencia de ello. Aquella convicción había nacido en él de forma espontánea; no manifestada, era una convicción similar en su naturaleza íntima a esa certeza que tenemos todos de que el entorno sigue existiendo cuando cerramos los ojos.

Karolek sabía ya muchas cosas, recordaba incluso que su padre tenía una enfermedad de los pulmones porque era algo que oía todo el tiempo y porque, cuando en una ocasión se echó a reír al ver un extraño rictus en el rostro de su padre, la señora Flusiowa lo tachó de pequeño diablo mientras le daba unos azotes. Después, agraviado como se sentía, se pasó un largo rato llorando. Él era inocente, quería a su padre, pero ¿cómo podía saber que era el dolor el que le había torcido el gesto y que no había que reírse de aquello? Fue una más de las mil lecciones de cada día.

Cuando Karolek cumplió tres años, se dio en su vida un breve período de luminosidad. Su padre mejoró y empezó a salir al bosque y a llevarse al niño con él. Karolek enredaba un rato entre la maleza y luego volvía con su padre, que estaba sentado al sol en un claro, casi siempre en silencio porque no sabía cómo hablar

con un niño. Karolek no se aburría nunca; jugaba solo, y cuando pasaba cerca de su padre, él le ponía la mano en la cabeza, lo giraba hacia sí, lo miraba unos segundos a los ojos y los surcos que cruzaban por el centro sus mejillas se le marcaban mucho más al sonreír; a veces con uno de sus dedos, grande y duro, presionaba suavemente la nariz del niño, redonda como un botón, otras veces colocaba en su palma la mano de Karolek y contaba en voz alta los dedos sin dejar de sorprenderse de lo pequeños que eran; aquel momento no duraba mucho porque Karolek era incapaz de estarse quieto y no tardaba en irse dando saltos. Se le ocurrían todo tipo de ideas. En una ocasión, al ver que en una pequeña charca los peces respiraban abriendo la boca y abanicándose suavemente con las branquias, intentó hacer como ellos: sumergió la cabeza y, muy confiado, se llenó los pulmones de agua. Luego se pasó un buen rato tosiendo. En otra ocasión, imitando a Burek, el perro del corral, se puso a cuatro patas y estuvo husmeando y bufando por las narices. Empezaba ya a darle vueltas a diferentes cosas. Era capaz de contar hasta cinco, colocaba en el suelo de la estancia cáscaras de huevo y se ponía a pensar: a ver, ahí hay cinco huevos, es decir, uno ahí, uno ahí, uno, y uno más, y juntos hay cinco (decía «cico»). Pero entonces ¿dónde está ese «cico»? Porque los huevos están sueltos, ¿y ese «cico» dónde está?

A finales de aquel hermoso y caluroso verano apareció de repente un hombre alto con un traje negro desgastado que sabía hablar con el pequeño y jugar con él tan bien que al cabo de unas horas se había convertido en el «tito Józef». Cogía al pequeño Karol sobre una de sus rodillas, como si lo montara a caballo, y le cantaba:

*La mujer tuvo un pesar  
Lo arrojó a un ortigal  
En las ortigas del huerto  
Allí ese pesar ha muerto*

Karolek se pasó mucho tiempo dándole vueltas a la cabeza y pensando en el misterioso significado que podía tener aquella canción. Abrumaba al tito Józef con preguntas, que qué era aquel pesar, que por qué la mujer lo había tratado tan mal. Se le llenaban los ojos de lágrimas. Sospechaba, incluso, que se trataba de la señora Flusiowa, a la que no le tenía demasiado cariño, porque a espaldas de su padre intentaba enseñarle algunas oraciones, y más de un domingo lo había llevado a escondidas a la iglesia, por lo que su padre se había enfadado mucho con ella.

Unos días más tarde, el tito desapareció de repente. Llegó el otoño y se acabaron los días felices. Su padre volvió a la cama de nuevo, y Karolek, algo malhumorado, se atrincheró en un rincón de la estancia y levantó extrañas construcciones de paja sin dejar de hablar consigo mismo. Pero aquello ni siquiera estuvo tan mal. Lo malo llegó con la primavera de 1930. Siempre había habido pobreza en Nieczawy, pero nadie recordaba una pobreza como aquella. Apenas si llegaban veraneantes, así que los niños no podían ayudar a los suyos recogiendo frutos del bosque. El precio de un litro de frambuesas variaba de dos a cuatro céntimos o de una a dos rebanadas pequeñas de pan. Las niñas conseguían quince si ellas iban incluidas en el trueque, pero no había demasiados interesados porque en las aldeas algo más alejadas vivían los hutsules, enfermos endémicos de sífilis. Apareció la palabra «crisis», pronunciada con odio y horror como si fuera una maldición. Al volver de la iglesia, a la que iba un día sí y otro también, la señora Flusiowa engatusaba a Karolek prometiéndole alguna golosina y le contaba con sus propias palabras los sermones. Al párroco, al padre Mazuła, lo había visto en alguna ocasión en el pueblo, así que lo conocía, y le hacía cierta gracia escuchar las historias de la señora Flusiowa porque eran como sucedáneos de los cuentos infantiles. Aquel calamitoso año el sacerdote, que por lo general era tranquilo y tenía la costumbre de bendecir el cereal en los campos durante sus solitarios paseos, se enardeció en el púlpito y desparramó en la iglesia visiones de diablos, calderas de

alquitrán hirviendo y suplicios infernales, maldiciendo el socialismo nacido en las ciudades, que era peor que el cólera, porque era ese socialismo, como les decía a los campesinos, el que había traído al mundo la catástrofe de la crisis.

Su padre siempre se había encargado de que Flusiowa no anduviera metiéndole al niño aquellas tonterías suyas en la cabeza (como decía él), pero en aquellos momentos, preocupado, no le prestaba al asunto la menor atención. En su mirada, cuando observaba en silencio al niño, había aparecido algo que asustaba a Karolek. Aunque no entendía qué estaba pasando, tampoco se atrevía a preguntar nada, ni siquiera cuando su padre fue al pueblo vestido con una cazadora y volvió a cuerpo. Durante algún tiempo aún hubo patatas en el cajón, pero luego también se acabaron. Un día el padre se levantó muy temprano, se afeitó larga y cuidadosamente, limpió la ropa, la zurció en los codos, y después, tras poner al niño entre sus rodillas, le dijo que los camaradas de la ciudad no podían seguir enviándoles dinero porque ellos tampoco tenían, así que le tocaba a él, a su padre, ir a buscar trabajo.

Después salió de casa y estuvo fuera todo el día y toda la tarde. Ya entrada la noche, cuando Karolek se quedó dormido cansado de esperar (no permitió que lo desnudara la señora Flusiowa), llegó un carro y dos tipos metieron en casa al padre sobre una lona cubierta de sangre aún fresca. Se había empleado, dijeron, para cargar sacos en el molino y algo en el pecho se le había desgarrado.

El padre estuvo dos días agonizando. La vieja Flusiowa, sentada junto a su cama, estuvo luchando con él por su alma. Despiadada, mirando el acartonado rostro que se iba consumiendo progresivamente, lo estuvo conminando a reconciliarse con Dios, dispuesta en cualquier momento a salir corriendo en busca del cura. Al anoecer del segundo día, al padre le flaquearon las fuerzas y su respiración se fue debilitando. Quiso escribir algo, pero no había dónde. Quiso transmitir su última voluntad, pero



la única que estaba presente era Flusiowa. Le encargó que cuidara del niño hasta que lo recogieran los camaradas de la ciudad y que les entregara el único libro que tenía, para que se lo dieran al chiquillo cuando creciera y aprendiera a leer.

Cuando la primera franja púrpura se abrió paso por entre la negra línea de los bosques, el estertóreo aliento cesó. Flusiowa, como si temiera que de un momento a otro se agolparan en su casa todos los diablos para llevarse al condenado, estuvo rebuscando con manos temblorosas entre las pertenencias de su inquilino el libro que había mencionado e intentó descifrarlo, pero ya fuera porque no veía bien, ya fuera porque su vista había aprendido a leer solo lo impreso en el devocionario, el caso es que no lo consiguió.

Karolek, acurrucado en un rincón entre la cómoda y la pared, rígido como una marioneta de cera, lo observaba todo. De aquella situación conservaría el primer recuerdo propio que tenía: una figura oscura sobre una lona de saco, cubierta de coágulos gelatinosos. Sangre, de eso estaba hecho el fondo de su memoria.

El cuerpo estuvo tres días en casa porque no había dinero para el funeral. Al cuarto día llegaron los camaradas de la ciudad. El cura no permitió que enterraran en tierra sagrada al hombre que en vida fue conocido como Kazimierz Wilk.

Los recién llegados fueron al ayuntamiento y arreglaron allí los trámites. El funeral fue sin sacerdote. En un extremo del cementerio, justo al lado del muro, ellos mismos cavaron un hoyo en la pegajosa arcilla y metieron el ataúd hecho con tablones. Un amigo de Kazimierz, Józef Marcinów, se subió a una piedra, y tras repetir «camaradas» dos veces, se bajó de allí, incapaz de decir nada más, y arrojó el primer puñado de tierra sobre el féretro.

Desde el cementerio, los forasteros —eran cinco— se dirigieron a casa de Flusiowa a buscar al niño. La vieja armó un escándalo y no los dejó entrar en la casa.

La noche siguiente la pasó muerta de miedo y rezando y hablando consigo misma.

Karolek estaba sentado en un rincón. No lloraba. Todavía no había abierto la boca que murió su padre. Al amanecer, la vieja fue renqueando a ver al párroco, no sin antes dejar encerrado a cal y canto al niño. Le contó al cura la visión que había tenido: un ángel celestial con su halo luminoso le había ordenado que entregara al niño en la parroquia para que no se lo llevaran los demonios de la ciudad, tan descreídos como su propio padre. El cura no acababa de creer en la autenticidad de aquella visión, pero, tras echar un vistazo al libro que le había llevado, su cara se transformó, lo metió rápidamente en un cajón y salió apresuradamente de allí. Flusiowa se quedó esperando en mitad de la habitación, mirando devotamente una estrecha cómoda con una pequeña torre tallada en la que el cura escondía útiles y pastas cicatrizantes de jardinería. Minutos más tarde el párroco regresó y dijo que quería ver al niño. Karolek no tardó en encontrarse sentado allí en medio de la sala de estar del párroco en un gran sillón de ratán. Los muebles eran oscuros y pesados; entre las ventanas por las que se asomaban unas ramas, un reloj de péndulo mecía su tictac tras el cristal. El niño estaba sentado como un conejillo, había ladeado la cabeza, grande y angulosa, y tenía los ojos azul oscuro clavados en la sotana. Le intrigaban los innumerables botones; extendió el brazo y los tocó con un dedo. El cura lo miró con el ceño fruncido, cejijunto, y cuando le puso un dedo bajo la barbilla para levantarle la cabeza y mirarle a los ojos, Karolek lo agarró por el pulgar. El cura se liberó torpemente y fue hasta la ventana. Preguntó si Flusiowa no se ocuparía de la crianza del niño a cambio de cierta cantidad de dinero, pero la vieja se estremeció de miedo. Temía que la asaltaran, que la degollaran y que le robaran al niño.

Así que la visita acabó con la entrega del muchacho, para su educación, a un maestro de la escuela pública de Nieczawy, el señor Szcześny Frankowski. En aquel hombre, alto y con una cabeza en forma de pera cercada por una guirnalda de pelo, solo había una cosa fuera de lo común: la gran conmiseración que

sentía por sí mismo. La manifestaba cuando estaba borracho; entre contenidos sollozos les confesaba entonces en clase a niños de ocho y diez años sus sueños de juventud y sus desengaños vitales. Mientras estaba sobrio, su mujer lo vigilaba, pero se le escabullía en cuanto alcanzaba una botella. Ella corría tras él, le tiraba de la levita e intentaba arrebatarse la botella. Entonces, él se escabullía en un rincón, levantaba la cabeza y se metía entre pecho y espalda lo que no sabe nadie, mientras su esposa, con una expresión de concentración extrema, lo golpeaba entre los omoplatos con los nudillos y el puño cerrado para que le doliera más. Cuando el alcohol empezaba a hacer efecto, la cara del maestro se iluminaba, los ojos adquirían brillo y se lanzaba sobre su esposa. Ella, temerosa del borracho, salía huyendo. Él no le pegaba, solo quería que se fuera lejos de allí. De vez en cuando se le oscurecía la cara, adoptaba una tonalidad primero anaranjada y finalmente cobriza. Las mujeres decían entonces: «Oh, el señor maestro tiene hepatitis otra vez, serán las patatas, habrán cocido poco, eso no es nada, igual que ha entrado se irá». Frankowski vivía cerca del colegio, solo tenía que cruzar el patio de su casa, repleto de cacareantes gallinas.

El párroco metió a Karolek en casa de Frankowski, pero el municipio tenía que pagar su manutención hasta los siete años, cuando, si las circunstancias así lo permitían, se comprometía a ocuparse del niño él mismo. Así que Karolek, a la edad de cuatro años, cuidaba la vaca de la esposa del maestro, siempre un poco apartado de los demás porque los otros niños le pegaban palizas y lo llamaban pagano y bastardo. Solo se acercaba a Jan, el viejo pastor cojo, que había nacido con los pies al revés, con los dedos hacia atrás. A veces se sentaban los dos en una larga traviesa echada sobre el arroyo y chapoteaban en el agua con los pies descalzos, mientras las vacas, ya saciadas, se clavaban de rodillas en las proximidades y rumiaban con oriental concentración. Uno de los sueños que el viejo Jan jamás había cumplido era portar el palio en una procesión. Sabía hacer hermosos molinos de agua.

Tras haberlo visto haciendo aquel trabajo en una ocasión, Karolek llevó antes a pastar a su vaca y colocó un molino de creación propia en la orilla de un entrante del río con diminutas muelas de molino en el interior. Al verlo, el cojo se pasó un buen rato con la boca fruncida en un mohín de desdén para acabar dándole una patada al juguete e irse cojeando patosamente adonde tenía sus vacas. Karolek se quedó observándolo, con los brazos caídos y una mirada anciana y comprensiva. Cuando cumplió seis años, ya ayudaba en el hogar: raspaba las patatas, iba a buscar agua, escardaba los caballones, pero ninguna tarea, por pesada que fuera, era capaz de apagar la creciente curiosidad por el mundo que él tenía. Al principio preguntaba «y pod qué», «y pada qué», pero como en respuesta obtenía un buen zarandeo, aprendió a callar. Cuando la esposa del maestro huía de casa llorando y el maestro se dedicaba a beber y mordisquear una salchicha que balanceaba en el extremo de un cordel a la luz de una lámpara de queroseno, Karolek esperaba en algún rincón hasta que el viejo se desplomara encima de la cama y se pusiera a roncar sin tregua. Entonces, con el corazón en un puño, cogía libros de las estanterías y se ponía a mirar las ilustraciones, porque no sabía leer.

Los domingos, el maestro y su esposa se lo llevaban a la iglesia. Frankowski iba muy estirado, afeitado y digno; su esposa, vestida a la manera de la ciudad, caminaba con una determinación que hacía que sus rollizas mejillas le temblaran. En una ocasión, el párroco, que estaba saliendo de la sacristía, los detuvo porque quería ver a Karolek. El pequeño le pareció un niño sorprendentemente despierto, y le dijo a Frankowski que, a pesar de que no tenía todavía siete años, metiera a Karolek en primer curso. Karolek hizo grandes progresos, aprendió a leer en pocos meses; pero al mismo tiempo, como se había vuelto respondón, le pegaban cada vez más. Ya fuera que se le había endurecido la piel de lo mucho que había recibido (como suponía Frankowska), ya fuera que su propia naturaleza era la de un sinvergüenza sin sensibilidad alguna (como creía su marido), el caso es que no soltaba

ni una lágrima cuando le pegaban. En general era inusualmente callado. Igualaba en altura a los hijos de los campesinos un año mayores que él que iban al primer curso, aunque era más delgado que ellos. Cuando sentía curiosidad por algo, miraba con la boca medio abierta, tan absorto que no oía cuando lo llamaban. En más de una ocasión aquello le había valido una buena paliza.

Empezó una nueva etapa de su vida cuando al pasar a segundo curso se trasladó a la casa parroquial. Tras examinar a Karolek, el párroco se reafirmó en lo de que era un chiquillo muy despier-to. Le soltó un pequeño sermón lleno de infiernos y de diablos, mencionó a su padre pecador, sufriendo tormentos, la infinita bondad del Señor y la gracia divina. El pequeño permaneció ante él erguido, callado, con su cabeza cuadrada algo ladeada. Los labios le temblaban ligeramente: estaba contando los botones de la sotana. Sus cabellos, hasta entonces de un tono un tanto equívoco, fueron adquiriendo un color rojizo y endureciéndose como cerdas.

Por las tardes, el cura, con la sotana remangada, descalzo, con unos pantalones cortos deshilachados y con un sombrero calado hasta los ojos, deambulaba por el huerto mientras Karolek iba tras él con un cesto, tarros con pastas cicatrizantes, cinta de fibra vegetal y unas tijeras. Al cabo de dos meses ya recitaba los principios de la fe cristiana de carrerilla, y tenía una memoria tan fenomenal que una vez leída una página del texto que fuera era capaz de repetirla días más tarde sin vacilar un segundo. El cura vio que el pequeño tenía la cabeza bien amueblada, pero temía su herencia maldita. Karolek pasó del segundo al tercer curso y después de tercero a cuarto.

Por las tardes, sentado frente a un libro, sentía a veces en su rostro el peso de la mirada del cura. Cuando levantaba la vista, el sacerdote ocultaba sus pupilas bajo los párpados resecos. El cura leía después en voz alta a Santo Tomás, lo traducía y le ordenaba que repitiera tras él. Era así como enseñaba latín a un muchacho de diez años. No le pegaba, pero si el niño no entendía algo

suficientemente rápido, le cogía la cabeza entre sus manos grandes y frías y la zarandeaba con vigor, como si quisiera remover su contenido. Karolek no jugaba con otros niños, no iba al río y solo paseaba con el cura —con paso regular de adulto— planteándose en silencio todo tipo de cuestiones: no sueños infantiles, sino fantasmagorías intraducibles a ningún idioma, que ni siquiera él mismo sabía qué significaban ni de dónde salían. Un día del mes de junio llegó a la casa un cura de una parroquia lejana, un compañero del párroco, de la época de sus estudios de teología. De camino a la capital de la provincia, pasó a ver a su viejo conocido. Era un hombre robusto, rubio, decididamente canoso, con marcadas y serpenteantes venas en las sienes; tenía unas patillas desiguales, porque se afeitaba él mismo, y el pelo corto. Como era la hora de cenar, el cura lo invitó a su mesa. El invitado llenaba todo el comedor, se podría pensar que había allí un montón de gente celebrando algo en buena compañía. Mientras untaba con una capa de mantequilla de un dedo de grosor el pan que acompañaba la sopa, hablaba de «mi trigo», «mi tocino», «mis parroquianos», «mi mujerona» (sobre la sirvienta). No masticaba la pasta, sino que con un ademán un tanto inquietante se metía una buena porción directamente del tenedor en el gástrico y, en lugar de atragantarse, soltaba una carcajada y se palmeaba la rodilla. Tenía un rostro muy propio de un predicador, digno, pero de rasgos que la obesidad había suavizado, y junto a la nariz, una verruga oscura y grande como un garbanzo. Se estuvo explayando sobre la maravillosa recepción ofrecida por el vicario general un año antes. Hubo un cocodrilo hecho de asado de ternera lechal; tenía un collar verde de pepino, la boca repleta de almendra laminada y una corbata de mantequilla. ¡Una corbata de mantequilla!

El cura se reía tanto que se le empezaron a saltar las lágrimas. Karolek se le quedó mirando con interés, preguntándose qué harían las lágrimas al llegar a la verruga. Cuando llegaron a la verruga se detuvieron, la rodearon por ambos lados y siguieron cayendo.

Antes de que sirvieran el té, el cura tuvo tiempo de presentar los fundamentos de la fe. Ellas, es decir, las mujeres, siempre van detrás de un hombre. Lo importante son ellos, es decir, los hombres. La mujer tiene su raciocinio y el hombre el suyo, pero el hombre sabe sufrir en silencio, reverendo padre. Solo la confesión de un hombre puede conmover a un sacerdote hasta hacer que se le salten las lágrimas. Nosotros sabemos de qué hablamos, ¿verdad? Hasta hacer que se le salten las lágrimas, reverendo padre, las lágrimas.

Karolek dejó de prestar atención porque le pareció que había alguien moviéndose en el exterior junto a la ventana. Unos segundos después entró la mujer que servía y le dijo algo al párroco al oído. Este frunció el ceño, se puso serio de repente, se levantó y, tras disculparse con su invitado, salió. Como el cura que estaba de visita había caído en un repentino recogimiento interior y parecía no darse cuenta de nada, Karolek, curioso por saber qué estaba ocurriendo, salió a hurtadillas del comedor y se fue al jardín. Se sentó bajo un árbol con un libro abierto y se dispuso a aguardar nuevos acontecimientos. A través de una ventana abierta llegaba la conversación del cura con un hombre, cada vez más airada y en voz más alta hasta que el cura finalmente subió mucho el volumen y se puso a gritar como si estuviera en el púlpito. Luego se hizo el silencio. De la casa del cura salió al camino un desconocido, se quedó parado un momento junto a la valla, levantó la cabeza y al ver a Karolek medio tumbado con un libro bajo un árbol lo llamó con un gesto de la mano. El pequeño se acercó. El forastero vestía unas ropas raídas, tenía el pelo negro, con algunas canas en las sienes, y una cara joven y seria. Delimitaban sus finos labios profundas arrugas.

—¿Te acuerdas de mí? —preguntó. Con ambas manos sujeta una de las estacas de la cerca.

Karolek negó en silencio con la cabeza. Prefería no hablar cuando no era necesario.

—¿Estás bien aquí?

Karolek asintió.

—¿Por qué estás tan callado? —dijo el extraño en voz baja, como si estuviera hablando consigo mismo.

Frunció el ceño. Por un momento pareció que estuviera cavilando.

—¿Y sabes quién era tu padre?

Karol callaba. De repente sus párpados se agitaron y luego se quedaron inmóviles. Estaba allí como tallado en madera y miraba desde abajo el rostro del desconocido, que se mordía el labio con gesto sombrío.

—¿Quieres saber algo de tu padre? —dijo finalmente—. Pues ven conmigo.

El chico no se movió.

—¿No quieres?

—No puedo.

—¿Por qué no?

—El cura se enfadaría.

—¿Entonces no quieres?

—¡Quiero!

Dijo aquello en voz baja, casi susurrando, pero de una manera que hizo que al extraño le brillaran los ojos.

—¿Entonces qué, Karol? Porque te llamas Karol, ¿no?

El niño de nuevo asintió con la cabeza. Sostenía en sus manos caídas el libro y todavía marcaba con un dedo en el interior la página por la que iba.

—Hoy vuelvo a la ciudad. ¿Puedes salir esta noche?

En las comisuras de los labios del pequeño se apreció un ligero temblor. Se acercó a la valla y al igual que el forastero agarró una de las estacas. El libro cayó sobre la hierba.

—Cuando celebren las vísperas... el cura estará en la iglesia... Yo saldré..., ¿vale? —El forastero lanzó una mirada en dirección a la casa del cura.

—Bien —dijo—. Estaré esperando en el cementerio. Está justo al lado, ¿no? ¡Que no se te olvide!

Sin añadir nada más, se fue.